

de «pactos» o «contratos»). La autoridad humana—dice—resulta de la realización del orden social inmediatamente de acuerdo con el fin colectivo, y mediatamente conforme al plan general de ordenación divina. No es un *ente jurídico* que pase de Dios al hombre, o del pueblo al legislador, sino que se constituye mediante el ejercicio del derecho de existencia colectiva y simultáneamente a la organización misma de la sociedad, recibiendo todo su ser de la verificación del orden universal, querido e imperado por Dios en el mundo, que tiene lugar cuando la autoridad y los súbditos se unan en relación indisoluble mediante el vínculo jurídico. Este vínculo, que nace en el momento mismo de erigirse una autoridad en la sociedad, es, por consiguiente, la causa originaria de ésta y de su personalidad. La transmisión del poder supondría, según Amor Ruibal, una división de entidades—autoridad y súbditos—en la sociedad antes de tener existencia real; no hay sino la verificación de un orden mediante el vínculo jurídico, y de este vínculo procede el deber de obediencia y el derecho de la autoridad, pero ni la autoridad ni el deber concreto, ni el derecho respectivo, son nada anterior a la sociedad y a sus elementos.

Así termina este libro en el que el profesor Luño Peña ha sabido recoger con indudable acierto los rasgos más característicos de la filosofía jurídica de Amor Ruibal y con el que la pujante y dinámica Biblioteca Hispánica de Filosofía del Derecho va enriqueciendo sus notables publicaciones.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

LLEDÓ, Emilio: *Filosofía y lenguaje*. Ediciones Ariel, 1970. 186 págs.

El profesor de la Universidad de Barcelona, E. Lledó Iñigo, recoge en este libro una serie de estudios, ya aparecidos anteriormente en distintas publicaciones y estos estudios son, a su vez, como «reflexiones en torno a una historia de la filosofía del lenguaje», que el autor prepara desde algunos años, en la que pretende «romper con una tradición historiográfica que nos presenta la evolución del pensamiento como algo desgajado del lenguaje en el que se forma y de la sociedad de que se alimenta». Claramente expuesta esta pretensión del autor, para una obra más amplia, clara está también la que se observa en estos estudios que comprende el libro que presentamos y que preside, como motivo sinfónico, todo el recorrido de ellos: mostrar la evidencia de que «el pensamiento filosófico se desplaza, cada vez más, hacia el lado del lenguaje», hasta el punto de que «nos permita ver con claridad que, fuera de la estructura lingüística, no queda ya nada que podamos, coherentemente, llamar «problema filosófico», sin que por ello esta reducción de planteamientos nos lleve a pensar que, aunque el «problema filosófico» quede circunscrito en la órbita de su expresión, carezca de sentido buscar en otro dominio su origen y justificación.

El positivismo lógico y la filosofía analítica han sabido apretar al máximo el sentido de una proposición para evitar que el lenguaje se ex-

tienda más allá de los límites de sus propias posibilidades. Se trata de «trazar, en torno a los problemas filosóficos, los límites dentro de los cuales puede empezar a construirse, con holgura, una teoría completa de la significación filosófica». La filosofía—dice el autor—es lenguaje, pero el hecho de que ese lenguaje, en cuanto signo y comunicación, es utilizado por alguien y para alguien; y esta utilización es un ingrediente previo a toda formulación lingüística, y una clave imprescindible para alcanzar la total inteligibilidad de una proposición filosófica.

Concisamente y en sus justos términos, plantea el profesor Lledó su problemática acerca de la creciente importancia del lenguaje—y de sus límites—a la que tanto contribuyen en nuestro tiempo la lingüística y la lógica matemática moderna.

Pero que «el lenguaje es el último y más profundo problema del pensamiento filosófico» no es una afirmación referida sólo al pensamiento contemporáneo. Ya los problemas del lenguaje habían sido objeto de reflexión filosófica: desde el *Cratilo* platónico, del que arranca una serie de cuestiones en torno al lenguaje; desde la «funcionalidad» del *logos* en Aristóteles; desde la semántica medieval y los *De modis significandi* de Leibniz, de Condillac, de Locke (cuyo libro tercero del *Essay Concerning Human Understanding* puede considerarse como el primer trabajo sistemático de semántica moderna). Y si en Descartes y Kant el lenguaje no tuvo un interés filosófico, quedando reducido a un sistema de signos trascendentes de los que se sirve el pensamiento racional como instrumento de información, para Hegel la filosofía es la historia hecha conceptos, el lenguaje es la historia hecha palabras. Y desde Humboldt y Herder el lenguaje es un modo de ver la realidad, de entenderla, de interpretarla; el lenguaje, incluso el filosófico, es verdaderamente *logos* y nos habla desde la realidad, desde la sociedad, desde la historia. La historia es lenguaje porque éste constituye un modo privilegiado de cómo lo «ya antes» se comunica al «ahora». Sin comunicación no habría ni permanencia ni continuidad, no habría historia.

La obra filosófica ha sido producida por un *quién* (que se encuentra en una *totalidad social*, que pertenece a una *clase intelectual* y vive en el *espacio teórico de una época*); que se nos habla de un *qué* que no se agota en su mera significación, y que se dirige *a quien* hablan los textos filosóficos. Para que se dé el lenguaje no basta el *quién* que habla, es preciso, además, el *a quién* para el que se habla. La plenitud del *logos* es diálogo. Esas tres estructuras o momentos, el *quién*, el *qué* y el *a quién* han bordeado en todo momento el desarrollo de la inteligencia humana. Y en el nivel práctico o de la *praxis* la cuestión podría, escueta y simplemente, plantearse así: ¿Qué nos *dicen* los filósofos y sus obras? ¿A *quién* hablan? ¿De *qué* hablan? ¿Desde *dónde* hablan? Estos son los interrogantes que se presenta el autor en su estudio *Lenguaje e interpretación filosófica*, que nos parece muy interesante por la claridad de la expresión y porque en él reitera el profesor Lledó una vez más la idea predominante y el propósito que le anima en el libro.

Aquí la intención del autor es, no tanto exponer el esquema de una reflexión sobre el lenguaje, sino el «descubrir su carácter trascendental

en la interpretación de la filosofía, y el ejemplificar, en un marco concreto, qué quiere decir efectivamente la continuidad dialéctica del pensamiento». En esa continuidad dialéctica como esquema formal del desarrollo de la historia del pensamiento, «el lenguaje ofrece la materia sobre la que esa formalización ha sido posible». La teoría de la naturaleza, la moderna física, la cibernética, etc., han comenzado a sentir la inseguridad de sus construcciones si no incluían en ellas el lenguaje. Recientemente Heinsenberg nos muestra la necesidad de esta inclusión y en casi todos los movimientos filosóficos y científicos actuales, el desarrollo de la lingüística, a partir desde Tronbetzkoy, ha confirmado su importancia para plantear nuevamente los viejos problemas de la filosofía. ¿Cómo hablar ya—dice Lledó—de filosofía del lenguaje o teoría del conocimiento, de un modo serio y fecundo, sin tomar en consideración a Whorf, a Jacobson y a Crowsky? La misma antropología de Lévi-Straus es una prueba más de cómo los moldes lingüísticos se han apoderado de otros dominios del saber. Porque cuando hablamos del pensamiento de los filósofos, ese pensamiento no existe más que como *pensamiento expresado*, «porque no hay pensamiento que de algún modo no se objective y se cosifique en el lenguaje». Y si no podemos referirnos a un pensamiento filosófico prescindiendo de la «expresión», de la realización lingüística, «tenemos que concluir—afirma el autor con palabras de Foucault—que la filosofía como análisis de aquello que se dice en la profundidad del discurso, constituye la forma moderna de la crítica».

La obra filosófica se nos presenta como un discurso sobre algo, desde la comprometida estructura del lenguaje, y esta estructura orienta nuestras predilecciones, nuestras interpretaciones y nuestras obras. El pensamiento deja así de ser teoría; y no es una visión *que ve* el mundo, sino una selección de *lo que quiere ver* del mundo. El lenguaje filosófico «adquiere así complejidad y consistencia; el significado lleva consigo toda la carga de la alusividad que constituye la esencia del lenguaje, por la que éste deja de ser mero signo de algo, para convertirse en una especie de mera realidad».

Muy documentado este libro del profesor barcelonés y una importante aportación a la filosofía y al lenguaje, que nos augura que su *Historia de la filosofía del lenguaje*—de la que el libro de ahora no es sino una serie de breves reflexiones—ocupará un lugar destacado en la bibliografía filosófica contemporánea.

Nuestro ANUARIO DE FILOSOFÍA DEL DERECHO, atento siempre a los problemas filosóficos, los de siempre, por ser eternos, y los actuales o «actualizados», por la novedad de sus aspectos, no puede pasar desapercibido ante libros que, como éste que presentamos, aborda lo viejo y lo nuevo de la filosofía y del lenguaje.

Dos estudios finales son la exposición que hace el autor de «*Un modelo de semántica filosófica*» en el que distingue en la estructura y razón de ser del lenguaje los niveles «terminológico» y «teórico» en el que el lenguaje filosófico incorpora un componente semántico, que proyecta a ese lenguaje hacia unas estructuras referenciales que lo explicitan y

objetivan; el «sociológico», en el que la sociedad revela el impacto de las fuerzas que la mueven, los grupos que la configuran y los hábitos que la condicionan; el «ideológico», en el que la filosofía no es una simple actividad cognoscente, sino un conformador o deformador de la realidad, y en el que el filosofar se ha convertido entonces en una empresa comprometida y comprometedora, y el lenguaje filosófico deja traslucir, si lo sabemos leer, los supuestos y exigencias de ese compromiso.

En el estudio final, *Semántica cartesiana*, a través de una lectura del *Discours de la Méthode*, termina el profesor Lledó que, como el presente cartesiano que se formuló en el «Discurso», vuelve hoy el tema del lenguaje a presentarse como un mundo al lado del mundo, como una interpretación de la realidad. Este *mundo al lado* hay que explorarlo en su misma y peculiar estructura, pero sin olvidar que su última semántica consiste en servir de comunicación entre los hombres, de memoria colectiva y de auténtico reflejo de la vida y de las cosas.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

MACHADO, Antonio: *Antología de su prosa*. Prólogo y selección por Aurora de Albornoz. Editorial «Cuadernos para el Diálogo», Madrid, 1970. 244 págs.

Ciertamente la prosa de A. Machado es poco conocida entre nosotros. El poeta eclipsó otros aspectos muy humanos de su obra de conjunto. La edición antológica que ahora se inicia contribuirá no poco a ese conocimiento postergado y no porque no hubiese ediciones de la prosa de Machado.

La selección—se anuncia por su autora—se hará siguiendo la sistematización del ideario y pensamiento de Machado en cuatro apartados: I, *Cultura y sociedad*; II, *Literatura y arte*; III, *Decires y pensamientos filosóficos*, y IV, *A la altura de las circunstancias*. A estos apartados corresponden, respectivamente, otros tantos volúmenes de los que el de ahora es el primero, que «no pretende ser una obra de erudición, sino de difusión».

Dice bien la prologuista y seleccionadora que toda antología es difícil porque «antologizar es juzgar» y a esto equivale «elegir» unos textos excluyendo otros, y sabido es que la cita de textos aislados hace decir a su autor—o parecer que dice—lo que está muy lejos del espíritu y del pensamiento del conjunto de éste. Además es difícil sistematizar y clasificar cuando la amplitud de los temas bien podían atraer hacia sí lo que se hace figurar en otro. Y porque es difícil delimitar también el «campo» u objeto de un enjuiciamiento (por ejemplo, social, jurídico, político, etc.) que no pudiese serlo de otro. La autora reconoce que ha seguido un criterio subjetivo, aun cuando ha pretendido que fuese lo más objetivo posible. No es fácil sustraerse a los enjuiciamientos y consideraciones personales.